

Mario Federico Cabrera

INCIHUSA-CONICET. Universidad Nacional de San Juan. Argentina

federicodavidcabrera@gmail.com

EN LOS MÁRGENES DE LA CIUDAD LETRADA: PEDRO LEMEBEL Y EL ARCHIVO COLONIAL

Resumen: *El artículo parte de los aportes de los estudios culturales y la crítica anticolonial para analizar dos crónicas del escritor chileno Pedro Lemebel, El abismo iletrado de unos sonidos y Censo y conquista (¿y esa peluca rosa debajo de la cama?), atendiendo especialmente a las tensiones políticas, historiográficas y estéticas que se ponen de manifiesto en el diálogo con las voces de la cultura prehispánica y con el pensamiento acerca de la experiencia colonial en América Latina. Sostenemos que el ejercicio literario del autor constituye también un aporte al pensamiento crítico latinoamericano por cuanto interpela los efectos de poder de la cultura letrada y propone nuevos recorridos para la memoria.*

Palabras clave: *Pedro Lemebel, ciudad letrada, estudios culturales, crítica anticolonial.*

In the margins of the lettered city: Pedro Lemebel and the colonial archive

Abstract: *The present article departs from the contributions of the cultural studies and the anticolonial critique in order to analyze two chronicles of the Chilean writer Pedro Lemebel, “El abismo iletrado de unos sonidos” (“The unlettered abyss of some sounds”) and “Censo y conquista (¿y esa peluca rosa debajo de la cama?)” (“Census and conquest (And that pink wig under the bed?)”), paying special attention to the political, historiographic and aesthetic tensions manifested in the dialogue with the voices of prehispanic culture, and with the thought about the colonial experience in Latin America. We hold that the author’s literary work also makes a contribution to the Latin American critical thought as it questions the effects of the power of the lettered culture and suggests new journeys through the memory.*

Keywords: *Pedro Lemebel, lettered city, cultural studies, anti- colonial critique.*



Introducción

El proyecto escritural de Pedro Lemebel¹ se inscribe en un pensamiento crítico latinoamericano que halla su fundamento en la concepción del discurso como espacio de controversia y disputas para la discusión y reformulación de los recorridos de la memoria. En el presente artículo nos abocamos al análisis de dos crónicas, *El abismo iletrado de unos sonidos* y *Censo y conquista (¿y esa peluca rosada debajo de la cama?)*, atendiendo especialmente a las tensiones políticas, historiográficas y estéticas que se ponen de manifiesto en el diálogo con las voces de la cultura prehispánica y con el pensamiento acerca de la experiencia colonial. Recurrimos a las categorías de archivo² y de polifonía puesto que permiten dar cuenta de cómo en un discurso se convoca, se discute y se reformulan una serie de enunciados que hacen a una memoria cultural en relación con las dimensiones políticas e ideológicas en las que emerge.

Como señalamos en el título, nuestro trabajo pone en relación la propuesta de Pedro Lemebel con la metáfora de Ángel Rama que describe el funcionamiento del sistema literario en América Latina. El eje del diálogo entre ambos autores se concentra en su concepción acerca del lenguaje como práctica cultural y en el modo en que el par oralidad-escritura se complementa con las nociones de hegemónico y subalterno. De lo señalado, concluimos que el ejercicio crítico de Lemebel se funda en la elaboración de una poética de *boca escrita* como contradiscurso de una historiografía de la cultura puramente *escrituraria*. Esta poética se postula como una política de asedio al archivo colonial y como una estética de flujo de la letra que se abre en la cicatriz de la memoria escrita para recuperar el eco de las voces acalladas en el discurso del proyecto civilizatorio latinoamericano³.

El orden de nuestras reflexiones se enmarca en los aportes de los Estudios Culturales en su interés por indagar en los efectos de poder que se desprenden de las producciones simbólicas en cada cultura⁴. En consecuencia, en sintonía con Nelly Richard (2010), postulamos que lo *político* no puede ser desligado de lo *cultural* en tanto que el complejo entramado que constituye el campo simbólico de una determinada sociedad produce imaginarios que activan o desactivan la imaginación crítica para anticipar cambios o deconstruir hegemonías.

En este sentido, nos resulta especialmente iluminadora la idea de *configuración cultural* entendida como un horizonte

¹ Pedro Lemebel nace en Santiago en 1953 en un barrio pobre de las afueras de la ciudad al que en una de sus crónicas denomina como “El Zanjón de la Aguada” y fallece en febrero de 2015 víctima de cáncer de laringe. Su trayectoria artística se mueve a la par de su compromiso político y con la defensa de los derechos de las minorías sexuales. En 1986 gana su primer concurso literario y dos años después funda junto con Francisco Casas el colectivo de arte “Las yeguas del apocalipsis” que realiza un intenso trabajo de renovación estética a través de la performance, el video y la fotografía. El trabajo del colectivo apuesta a la rearticulación de los vínculos entre arte y política y se suma a un conjunto de movimientos sociales y artísticos de resistencia y lucha contra la dictadura de Pinochet. A lo largo de la década del 90 el trabajo del colectivo decae pero se inaugura una nueva etapa de Lemebel como escritor de crónicas. En 1995 aparece su primer libro “La esquina es mi corazón. Crónicas urbanas” con el que inicia un proceso de internacionalización de su figura.

² Definimos al archivo como un dispositivo que convoca una serie de enunciados cuyo sentido es construido a partir de una regularidad en cuanto a un tema, acontecimiento o itinerario. Este dispositivo es inseparable de una memoria de la que es testimonio y de una institucionalidad que le otorga autoridad (Foucault, Michel, 1997).

³ Cuando hablamos de proyecto civilizatorio en América Latina nos referimos a la experiencia histórica, política y cultural que



se despliega en la región con la conquista y colonización a partir del siglo XV (Roig, 1995). La política colonial elabora una amplia gama de estrategias tendientes a legitimar la situación de dependencia y dominación en los territorios continentales tales como la oposición entre pueblos civilizados y bárbaros o entre modernidad y retraso, entre otras. El proyecto civilizatorio, en consecuencia, señala la dimensión utópica de los diseños eurocentrados de la modernidad colonizadora en la región.

⁴ Al respecto de esta afirmación, Richard sostiene: “Esto supone considerar a lo cultural como un universo de sentidos regulado por sistemas de valoración y atravesado por conflictos de representación que se encuentran siempre vinculados a lo que Pierre Bourdieu llamó “violencia simbólica” en contra de la visión idealista y contemplativa aristocratizante de la cultura que en la tradición burguesa designaba una esfera desinteresada” (Richard, Nelly, 2010: 68). Asimismo, desde nuestro punto de vista, la producción cultural no puede ser reducida a la simple determinación de base-superestructura sino que entre las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales se produce una negociación de sentidos siempre compleja, dinámica e inacabada.

⁵ “...desplazar las fronteras de las disciplinas y los saberes canónicos, cuestionando las exclusiones y descalificaciones que se practican en nombre del ‘conocimiento verdadero’ (superior) y liberando el ingreso a la universidad de los conocimientos locales, subordinados, periféricos, minoritarios, que habían sido

de posibilidad en el que confluyen un conjunto de tramas simbólicas comunes y aspectos culturales compartidos que permiten pensar en las relaciones de poder que se entretajan en el interior de cada una (Grimson, Alejandro, 2011). Respecto de la noción de horizonte de posibilidad, destacamos que es una matriz que da cuenta de la potencialidad política del intersticio que se abre entre imaginación y producción de conocimiento que propende a buscar nuevos recorridos, generar nuevas preguntas para objetos que se consideran naturales. Esto implica una operación de desmontaje y de rupturas epistemológicas tendientes a pensar alternativas para las desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales.

La arquitectura de los signos

Uno de los legados centrales de la Escuela de Birmingham al desarrollo de los Estudios Culturales es el hecho de comprender los productos de la cultura no como objetos sino como prácticas inscriptas en el complejo entramado de relaciones sociales (Cevasco, María Elisa, 2013). De esto se derivan una serie de presupuestos teóricos y metodológicos entre los cuales podemos mencionar la formulación de investigaciones transdisciplinarias y la ampliación del concepto de texto definiéndolo como un artefacto cultural de materialidad diversa (verbal, visual, kinésica, entre otros)⁵ (Richard, Nelly, 2010).

En relación con el párrafo anterior, en uno de los textos centrales de la crítica literaria y de los Estudios Culturales en América Latina como lo es *La ciudad letrada*, Ángel Rama refiere lo siguiente:

(...) Toda ciudad puede parecernos un discurso que articula plurales signos bifrontes de acuerdo a leyes que evocan las gramaticales. Pero hay algunas donde la tensión se ha agudizado. Las ciudades despliegan suntuosamente un lenguaje mediante dos redes diferentes y superpuestas: la física que el visitante común recorre hasta perderse en su multiplicidad y fragmentación y la simbólica que la ordena e interpreta (Rama, Ángel, 1988: 40).

La lectura de Rama traza un puente entre las tecnologías de la palabra, en tanto producción simbólica de subjetividades, y la realización física de los diseños arquitectónicos de la modernidad en América Latina. La denuncia que subyace



en esta lectura subraya el modo en que el ejercicio literario de los intelectuales decimonónicos en la región ha tendido a la administración de imaginarios que se recortan sobre una serie de discursos que refuerzan la hegemonía de sectores dominantes a la vez que reproducen esquemas de dominación y segregación de cultural, racial y económica.

El par hegemonía-subalternidad en el análisis de Rama se complementa con la distinción entre oralidad-escritura en el análisis de los debates culturales en la región. Si, como señala en el fragmento citado, las leyes gramaticales pueden ser equiparadas con los procesos sociales, la escritura se presenta como el sistema representante del orden hegemónico mientras que la cultura de los sectores que se manejan en el plano de oralidad se vincula con lo subalterno. En esta misma línea de reflexiones, Julio Ramos (2009 [1989]) se pregunta qué roles ha cumplido la escritura en el proceso de organización de los Estados nacionales en América Latina y señala que ésta provee un modelo para construir un orden nacional y que su relativa formalidad se presenta como uno de los paradigmas privilegiados del sueño modernizador. Desde esta voluntad de orden y regularidad se proyecta el sometimiento de la “barbarie” al orden de los discursos, de la ciudadanía, del mercado y del Estado moderno (Ramos, Julio, 2009 [1989]:56-57).

Lemebel en su crónica *El abismo iletrado de unos sonidos* (2007 [2005]) nos presenta un ejercicio crítico que puede leerse como una continuidad del proyecto de Rama pero desde otra perspectiva ya que se propone indagar en el archivo para construir una crítica al monologismo del logos occidental⁶ (Bidaseca, Karina, 2010) que pone en marcha el complejo aparato de la colonización. Es decir que así como las relaciones entre cultura oral y cultura escrituraria están cargadas de una potencialidad teórica y política como instrumentos para visitar la historiografía del pensamiento latinoamericano, Lemebel se propone recuperar y reescribir este archivo con el objetivo de construir una estética que interpela los silenciamientos de la historia “escrita”. Al respecto Ignacio Echeverría señala:

La tradición en la que Lemebel se inserta con absoluta deliberación es la que Walter Benjamín llamaba “tradición de los oprimidos”, que en Latinoamérica hermana a través de cinco siglos a las culturas aplastadas por la conquista con el lumpenproletariado de las grandes urbes actuales,

marginalizados por distintos sistemas de convenciones académicas... ampliar la categoría de ‘texto’ a múltiples prácticas sociales y artefactos culturales, antes desatendidas por las humanidades que se resistían a traspasar las fronteras de la ‘ciudad letrada’ (Ángel Rama) y cuyos dispositivos significantes pasan hoy a convertirse en objetos de análisis crítico...” (Richard, Nelly, 2010: 69).

⁶ Inspirada en la teoría dialógica de las voces (Bajtín) y en la interrogación de Spivak, “¿Puede el subalterno hablar?”, Karina Bidaseca (2010) elabora una crítica a la “visibilidad” y “audibilidad” de las voces de los sectores no hegemónicos en la región con el fin de señalar de qué manera la empresa colonial se constituye en una tecnología de poder/saber que pretende unificar las experiencias en torno a lo político, social y cultural en detrimento de las experiencias de lo no integrante y de lo disidente.



constituido en no escasa medida por los descendientes de aquellas. Entre éstos se cuenta el mismo Lemebel, que ostenta orgullosamente la condición de pobre y de mestizo. Es la memoria de los que él reclama como suyos –la memoria de los humillados, de los marginados, de los silenciados– la que invoca frente a la ficción de la Historia, ese relato –decía Benjamín– escrito por los vencedores de ayer; que son los dominadores de hoy (Echeverría, Ignacio, 2013: 17-18).

La enunciación del cronista nos ubica al comienzo del texto en las ruinas de Chan Chan, sitio cercano a la ciudad de Trujillo en la costa norte de Perú. Las referencias históricas nos dicen que estamos en la ciudad construida íntegramente de arcilla más grande de América. Erigida entre los siglos V y VI después de Cristo, las ruinas de Chan Chan abarcan un terreno de veinte kilómetros cuadrados dividido en nueve ciudadelas. En este escenario se desplaza la mirada del cronista devenido antropólogo que va destejiendo las voces del pasado que se inscriben en los signos arquitectónicos. En la superficie de esta ciudad-signo se entretajan capas de distintas épocas:

Al centro de esta urbe barroca se encuentra la plaza principal; un enorme rectángulo en cuyos bordes se levanta un muro decorado por relieves de peces nadando en dirección opuesta. En un punto de esta guarda, los cardúmenes se cruzan alternadamente. Este punto coincide con la corriente de Humboldt, que frente a Trujillo cruza las aguas del norte con el frío mar del sur.

Sobre este muro de arcilla, los turistas y parejas de enamorados han escrito nombres, fechas, garabatos y panfletos políticos, imponiendo la escritura castellana sobre este alfabeto zoomorfo, que en su mínima representación describe una cartografía del ancho horizonte salado, en el chapoteo de los peces y el rumor ronco del Pacífico (Lemebel, Pedro, 2007 [2005]: 91).

Este fragmento no solo da cuenta de una mirada que se maravilla ante la complejidad del sistema de signos que pone de manifiesto una estrecha vinculación entre las formas complejas de la cultura (arquitectura y escritura, en este caso) y los ciclos naturales del espacio en el que se halla sino que también muestra un conflicto intercultural a través de la intervención del sistema de signos y de la mercantilización por vía del turismo de lo indígena.

Destacamos especialmente que siguiendo con el objetivo de pensar la arquitectura como un discurso, la propuesta

de Lemebel realiza un ejercicio de deconstrucción a la inversa del que propone Rama. En efecto, si para Rama la gramática se constituye en un *a priori* que garantiza el orden y si, además, el autor se propone leer la imaginación urbana como la concreción del logos moderno, Lemebel indaga en las grietas de ese logos y busca recuperar las huellas de lo no comprendido por el orden de esa gramática. Si la idea de gramática de Rama se identifica con las teorizaciones de la Escuela de Port Royal o con la distinción entre lengua y habla del Estructuralismo⁷, la propuesta de Lemebel nos resulta más cercana a las metáforas posestructuralistas del lenguaje como rizoma⁸. Precisamente, su pregunta no se orienta a la identificación de un único significado sino al mundo que confluye en la producción de cada sonido:

Ciertamente, estamos apresados por la lógica del alfabeto. La instrucción nos lleva de la mano por la senda iluminada del ABC en el conocimiento. Pero más allá del margen hay un abismo iletrado. Una selva llena de ruidos, como feria clandestina de sabores y olores y raras palabras que siempre están mutando de significado. Palabras que se pigmentan sólo en el corazón de quien las recibe. Sonidos que se camuflan en el pliegue del labio para no ser detectados por la escritura vigilante (Lemebel, Pedro, 2007 [2005]: 91).

El nexa adversativo *pero* en el fragmento citado introduce una variación crucial en la crítica a la subalternización de la cultura oral. En primer lugar, la oralidad da cuenta de una simbiosis del cuerpo con el ambiente y de las múltiples experiencias a través de las cuales se construye la subjetividad (lo social, lo amoroso, lo corporal, etc.). En segundo lugar, la oralidad se manifiesta como una opción estética y política que se propone desarticular las leyes y la vigilancia de la letra escrita. En este sentido, la escritura y sus reglamentos se ponen de manifiesto como una tecnología de poder que se inscribe en un orden colonial, occidental y racial en el que opera una violenta segregación de las culturas y los cuerpos *otros*. Precisamente, inscribiéndose en el debate de estas tensiones políticas entre cultura oral y cultura escrituraria, Lemebel formula su propuesta estética de una *boca escrita* como estrategia de desacato frente a las violencias de las leyes gramaticales que, en el caso de América Latina, es también la violencia de la colonización lingüística como denegación de las culturas no eurocentradas:

⁷ La Gramática de Port Royal es publicada por Claude Lancelot y Antoine Arnauld en 1660 bajo el título de *Gramática general y razonada*. Los autores intentan describir leyes de funcionamiento del lenguaje humano a partir del presupuesto de que cada lengua particular responde a fuerzas de carácter universal. Por otra parte, la distinción entre lengua y habla nos remite al *Curso de Lingüística General* de Ferdinand de Saussure en el que distingue entre el sistema general de la lengua y sus realizaciones particulares (habla). Atravesado por el paradigma positivista, propone como eje central para el estudio sistemático del lenguaje al plano de la lengua y no el de sus realizaciones concretas.

⁸ Entendemos rizoma como una imagen compleja del funcionamiento del lenguaje, el inconsciente y la sexualidad. La complejidad de la categoría está dada por la profundidad y extensión de sus conexiones que son infinitas. Una formación rizomática se define por los principios de conexión, de heterogeneidad y de multiplicidad (Deleuze, Gilles, y Félix Guattari, 2004).



Quizás el mecanismo de la escritura es irreversible y la memoria alfabetizada es el triunfo de la cultura escrita representada por Pizarro sobre la cultura oral de Atahualpa. Pero eso nos demuestra que leer y escribir son instrumentos de poder más que de conocimiento. Es posible que la cicatriz de la letra impresa en la memoria pueda abrirse en una boca escrita para revertir la mordaza impuesta (Lemebel, Pedro, 2007 [2005]: 93).

La propuesta de la *boca escrita* se postula como una política de asedio al archivo colonial y como una estética de flujo de la letra que se abre en la cicatriz de la memoria escrita para recuperar el eco de las voces acalladas en el discurso del proyecto civilizatorio latinoamericano. El texto perfila, en consecuencia, una política de las voces que busca quebrar la monoglosia colonizadora. Al respecto, Bidaseca (2010) caracteriza la voz como un efecto de poder en tanto que la monoglosia del colonizador y la violencia estructural del sistema-mundo capitalista condenan a la población colonizada a la situación de cuerpos invisibles, mestizados y voces bajas (o inaudibles para los discursos oficiales).

Por otra parte, en *Censo y Conquista (¿y esa peluca rosada debajo de la cama?)* se realiza un breve recorrido histórico sobre los censos en América Latina, más específicamente en la colonia y en la actualidad. El texto se construye sobre la base de la ironía y la crítica de los discursos de verdad y sus formas jurídicas (Foucault, 1991) que despliega el poder colonial ya que denuncia el modo en que la episteme eurocentrada se ha impuesto a la hora de interpretar la historia de los pueblos originarios y de los sectores marginales. La monoglosia colonial se pone en funcionamiento por vía del documento censal que legitima el silencio, la exclusión y el genocidio:

De esta forma, las encuestas y censos en América proclamaron ante la sociedad europea la vida amoral y promiscua de los habitantes de esta parte del mundo. Una evaluación de salvajismo interpretada por el clero y la monarquía, que calentó los ánimos evangelizadores de las futuras campañas del descubrimiento. A tantos herejes, tantos sables, a tantos animales, tantas jaulas (Lemebel, Pedro, 2001: 113).

En esta crónica se realiza, además, un paralelo con el relato de una entrevista entre una madre de familia de una comuna de Santiago y una censista. Aquí se denuncia tanto un ocultamiento como la incapacidad del documento por

“escuchar” las problemáticas sociales. En primer lugar, es un ocultamiento en tanto que, según la mirada del cronista, la población de las comunas hace gala de sus faltas y, si no las tienen, las inventa para burlar la burocracia y sus índices de lo social. En segundo lugar, se pone de relieve también la incapacidad para “escuchar” la conflictividad social puesto que el procesamiento de los datos no da lugar a la complejidad y es manipulado por el poder de turno:

La cortina que se cierra bajo el delantal de la madre tapando el paquete de marihuana, la movida del hijo menor que le va tan bien trabajando con un tío desconocido que le compra zapatillas Adidas y lo viene a dejar en auto. La otra parte del presupuesto familiar, el negativo del censo que no tiene casillero, que se enmascara de azulada inocencia para el ojo censor... De esta manera, las minorías hacen viable su trágica existencia, burlando la enumeración piadosa de las faltas... cifras y tantos por ciento que llenarán la boca de los parlamentarios en números gastados por el manoseo del debate partidista (Lemebel, Pedro, 2001: 115- 116).

La escritura de Lemebel, su poética de la *boca escrita*, al igual que la puerta de acceso al domicilio censado, se presenta en su carácter de signo-frontera entre los desbordes de lo social y la cuadratura de la información social que solo se registra por medio de la ortopedia del formulario. El archivo colonial dialoga y se actualiza, en este caso, como estrategia de socavamiento de la arquitectura de la lengua escritura y sus regímenes de verdad. Fernando Blanco (2004), al respecto, destaca la emergencia del proyecto literario del autor en el marco de la transición democrática chilena, en la que no solo se profundiza la orientación neoliberal de la economía y la política sino que también se intensifica el proceso de monopolización de los medios de comunicación, como una forma de resistencia y desacato frente al silenciamiento de la conflictividad social que se impone como precondition para la “conciliación nacional”. Es decir que ante la complicidad de los medios y de ciertos sectores de la cultura letrada, Lemebel interviene el discurso de la reconciliación para señalar las faltas y darle voz a los olvidados.



La crónica y el archivo

Un aspecto relevante a tener en cuenta se refiere a la elección de la crónica como género discursivo. Si nos remitimos a Bajtín (1995), podemos decir que el género funciona como una categoría social y culturalmente determinada que permite dar cuenta de los condicionamientos estructurales de todo enunciado a la hora de ser producido. La crónica presenta una serie de problemas a la hora de caracterizarla y es por ello que en general los críticos coinciden en denominar a este género como un conjunto de textos híbridos o fronterizos (Mansilla, Israel, Lojo y Beker, 2012; Reguillo, 2000; Mignolo, 1990). Una definición clásica de crónica la vincula estrechamente con el conocimiento histórico por cuanto agrupa textos que hablan del pasado o sobre acontecimientos de la actualidad con estilo fuertemente marcado por la temporalidad (Mignolo, Walter, 1990). Estos textos se consideran documentos de cultura debido a que dan cuenta del impacto de sucesos (que luego se catalogan como históricos) en la vida cotidiana de los sujetos por medio del registro de acciones, costumbres y hábitos de una determinada comunidad en coordinadas espacio-temporales específicas (Cabrera, Mario, 2015).

Si, como dijimos anteriormente, el género discursivo es una categoría de carácter social y cultural, Rossana Reguillo (2000) identifica el auge de la crónica a fines del siglo XX como resultado de la emergencia de una escena social fragmentada en la que una multiplicidad de sujetos y situaciones asedian los discursos totales. Ubicada a mitad de camino entre el campo de la ficción y el discurso histórico, la crónica se presenta como una fisura en el monopolio de la voz única para quebrar el silenciamiento de personas, situaciones o espacios invisibilizados e indagar en formas de enunciación alternativas respecto de las leyes del discurso historiográfico. El enunciador participa del mundo que describe y a los lectores nos hace partícipes.

Al inscribirse dentro del discurso literario explota la ambigüedad de los referentes y se permite visitar la imaginación histórica haciéndola expandirse en múltiples dimensiones que hacen a la diseminación de los sentidos. De este modo, la crónica como género discursivo híbrido se manifiesta como el camino preferido por el autor para recuperar un lenguaje escondido en la trama secreta de los archivos de la historia y, en este sentido, se permite jugarle trampas a la memoria para refundar imaginarios. En este

sentido, coincidimos con Susana Montes (2014), quien define a la crónica como una textualidad mutante e indecible que escenifica una doble alegoría en tanto permite explorar las modulaciones del mercado y la circulación de los bienes culturales a la vez que escenifica una tensión política y estética entre sistemas de representación cambiantes y una mirada desnaturalizadora de aquello que se presenta como lo dado (Montes, Susana, 2014: 15-17).

En relación con esto, al finalizar *El abismo iletrado de unos sonidos* Lemebel se acerca a un episodio histórico: el encuentro entre el inca Atahualpa y el emisario de Francisco Pizarro, fray Vicente Valverde, en la plaza de Cajamarca en 1532. Ignacio Echevarría nos señala que

Uno de los testimonios, el de Francisco Jerez, notario de la expedición de Pizarro, cuenta cómo “con la cruz en una mano y la Biblia en la otra”, Valverde le dijo a Atahualpa, a través de un intérprete: “Yo soy sacerdote de Dios y vengo a enseñaros lo que Dios nos habló, que está en este libro”. Entendidas estas palabras, Atahualpa le habría pedido a Valverde el libro. “Valverde se lo entregó pero Atahualpa no supo cómo abrirlo. Cuando Valverde extendió el brazo para ayudarlo, Atahualpa le golpeó el brazo. Finalmente el inca volvió a probar y logró abrirlo. Luego lo arrojó al suelo con desprecio”. El gesto habría servido de detonante para que, a una señal de Valverde, los españoles agazapados en las inmediaciones comenzaran a disparar sus fusiles y su artillería, al tiempo que la caballería diezmaba a la multitud congregada en la plaza (Echeverría, Ignacio, 2013: 11-12).

Ahora bien, conviene preguntarnos cuáles son las modificaciones que introduce Lemebel en este relato y con qué intenciones. El cronista, en este sentido, se permite reescribir este episodio y destacar que el desenlace fatal del encuentro entre Atahualpa y Valverde es resultado del desencuentro de dos culturas y dos sistemas de comprensión del mundo. Así, denuncia explícitamente el carácter colonial y evangelizante del alfabeto en la experiencia latinoamericana:

Aparentemente, la página contiene la voz y su deseo expresivo. Pero esta premisa se funda con la introducción de la escritura castiza y católica en América. Entre letra y letra hay un confesionario; entre palabra y palabra, un mandamiento. Lo que se lee con el ojo de Dios; las sagradas escrituras tienen su firma. Esto el inca Atahualpa no lo sabía, por eso confundió la Biblia con un caracol marino, y lo puso



en su oreja para escuchar la letra parlante del creador. Y ese caracol cuadrado y negro no tenía ecos de mar ni susurros de montaña para hablarle a Atahualpa; por eso lo tiró al suelo y dio pretexto a fray Vicente Valverde para justificar el genocidio de la Conquista (Lemebel, Pedro, 2007 [2005]: 93).

En esta fisura que el autor introduce dentro del discurso oficial se condensa una serie de ideas que hacen crecer el texto en sus dimensiones políticas y estéticas. Por un lado, la reformulación narrativa introduce el punto de vista del sujeto invisibilizado y acallado por el discurso del colonizador, el del indígena, y se permite leer la violencia colonial desde el desconocimiento de lo cultural. Esto se manifiesta en el conflicto entre sistema escriturario y lenguaje oral que, a la vez, se lee como la famosa antítesis civilización y barbarie. El ejercicio de Lemebel consiste en visitar los territorios simbólicos de lo bárbaro para deconstruir el lugar desde el que se enuncia lo que es civilizado. En el episodio relatado, como se ve, el texto ataca la violencia de la escritura en tanto tecnología de poder que determina, circunscribe y regula lo que puede ser dicho y escuchado. La gramática deviene, así, espacio de dominación y desconocimiento de lo otro.

No obstante, repetimos, la estrategia de Lemebel consiste en apoderarse de esa tecnología para hacerla eclosionar desde adentro, señalar las fisuras de un sistema que se pretende totalizador. He ahí el valor de su propuesta de una *boca escrita* que recupera el latido vocálico del mundo. En esta búsqueda, establece una genealogía con otras experiencias de asedio al archivo colonial al referirse a las *Crónicas de Felipe Huamán Poma de Ayala* (1615) y a *Si me permiten hablar de Domitila* (1977)

El lenguaje como práctica anticolonial

En este texto nos hemos propuesto reconstruir el desarrollo de una larga discusión en torno a la configuración de la escritura como tecnología de poder en la experiencia colonial latinoamericana a partir de las crónicas de Lemebel y de los aportes de Ángel Rama (1988) y Julio Ramos (2009 [1989]). De lo desarrollado hasta el momento, destacamos el modo en que la distinción entre sociedades de escritura y sociedades orales ha sido utilizada como mecanismo legitimador de una distinción de carácter social, económico y político en tanto fundamento de la explotación y el desconocimiento de las culturas que se presentan como diferentes para el ojo de una

modernidad eurocentrada.

En este orden de reflexiones, nos acercamos a la reflexión de Silvia Rivera Cusicanqui respecto del archivo andino, las palabras y la experiencia colonial:

Hay en el colonialismo una función muy peculiar de las palabras: no designan sino encubren, y esto es particularmente evidente en la fase republicana, cuando se tuvieron que adoptar ideologías igualitarias y al mismo tiempo escamotear los derechos ciudadanos a una mayoría de la población (...) Los discursos públicos se convirtieron en formas de no decir. Y este universo de significados y nociones no-dichas, de creencias en jerarquía racial y en la desigualdad inherente a los seres humanos, van incubándose en el sentido común, y estallan de vez en cuando de modo catártico e irracional. No se habla de racismo, y sin embargo en tiempos muy recientes hemos atestiguado estallidos racistas colectivos que a primer a vista resultan inexplicables. Yo creo que ahí se desnudan las formas escondidas, soterradas de los conflictos culturales que acarreamos y que no podemos racionalizar. Incluso, no podemos conversar sobre ellos. Nos cuesta hablar, conectar nuestro lenguaje público con el lenguaje privado. Nos cuesta decir lo que pensamos y hacernos conscientes de este trasfondo pulsional, de conflictos y vergüenzas inconscientes. Esto nos ha creado modos retóricos de comunicarnos, de dobles sentidos, sentidos tácitos, convenciones del habla que esconden una serie de sobreentendidos y que orientan las prácticas, pero a la vez divorcian a la acción de la palabra pública (Rivera Cusicanqui, Silvia, 2010: 19-20).

Si bien el planteo de Rivera Cusicanqui parte de un corpus y de planteos distintos de los pensadores que aquí hemos revisado, creemos que nos permite iluminar un trayecto del ejercicio crítico respecto de la continuidad y actualidad de la situación colonial. Si la retórica republicana se viste de palabras celebratorias del multiculturalismo a la vez que esconde las demandas de participación política de sectores subalternos, será necesario ensayar nuevas formas de enunciar esas demandas y hacer visibles las grietas del discurso colonial.

En el caso de Lemebel, este instructivo pragmático se actualiza tanto en el contenido de sus textos como en el género discursivo en el que se manifiesta puesto que, reconociendo la complejidad del hecho colonial, se permite introducirse en la lengua escrita para llevarla a sus límites en



la hibridación con la oralidad. Asimismo, al jugarle trampas al discurso histórico, se gesta una memoria dinámica que propende a la construcción de una subjetividad empoderada. Su escritura exhibe la necesidad de construir discursos en torno a las memorias de lo latinoamericano para romper con las objetivaciones y los olvidos de las historias oficiales. Así, si la palabra escrita es una tecnología del poder que fundamenta la colonización de la subjetividad, el autor en su ejercicio crítico estalla este dispositivo desde adentro a través de una constante exploración y puesta en crisis de las leyes del discursos y las modalidades de representación de las culturas o sujetos subalternos.

Bibliografía

- BAJTÍN, Mijaíl (1995). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- BIDASECA, Karina (2010). (Fallido de) Una teoría sobre las voces. En BIDASECA, K. (ed.), *Perturbando el texto colonial. Los estudios (pos) coloniales en América Latina*. Buenos Aires: SB, pp. 197- 209.
- BLANCO, Fernando (2004). Comunicación política y memoria en la escritura de Pedro Lemebel. En BLANCO, F. (ed.), *Reinas de otro cielo. Modernidad y autoritarismo en la obra de Pedro Lemebel*. Santiago de Chile: LOM ediciones, pp. 27- 71.
- CABRERA, Mario Federico David (2015). Pedro Lemebel, Pragmática de la otredad. En SAINT ANDRÉ, E. (coord.), *De jóvenes creadores para nuevos lectores. Literatura, arte, filosofía, educación*. San Juan, Argentina: EFFHA, pp. 217- 221.
- CEVASCO, María Elisa (2013). Estudios literarios versus estudios culturales. En CEVASCO, M. E. (ed.), *Diez lecciones sobre Estudios culturales*. Buenos Aires: Trilce, pp. 129-144.
- DAVOBE, Juan Pablo (2012). Ciudad letrada. En SZURMUK, M. y MCKEE IRWIN, R. (coords.), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. Buenos Aires/ México: Siglo XXI/ Instituto Mora, pp. 55- 60.
- DELUEZE, Gilles, y GUATTARI, Félix (2004). *Rizoma*. Buenos Aires: Gradifco.
- ECHEVERRÍA, Ignacio (2013). Prólogo. En LEMEBEL, P. (ed.) *Poco hombre. Crónicas escogidas*. Santiago: Universidad Diego Portales, pp. 11-42.
- FOUCAULT, Michel (1997). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.

- FOUCAULT, Michel (1991). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- GRIMSON, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura. Crítica a las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LEMEBEL, Pedro (2001). Censoy Conquista (¿y esa peluca rosada debajo de la cama?). En LEMEBEL, P. (ed.) *La esquina es mi corazón*. Santiago: Seix Barral, pp. 111- 117.
- LEMEBEL, Pedro (2007 [2005]). El abismo iletrado de unos sonidos. En LEMEBEL P. *Adiós mariquita linda*. Santiago: De bolsillo, pp. 91-94.
- MANSILLA, Ezequiel; ISRAEL, Nicolás; LOJO, Javier; BEKER, Osvaldo (2012). Notas sobre la escritura de la crónica urbana. Ponencia Presentada en el Congreso Internacional de Letras, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- MIGNOLO, Walter (1990). Cartas, crónicas y relaciones del Descubrimiento y la Colonia. En GOIC, C. (coord.) *Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana* (Vol. I). Barcelona: Crítica, pp. 100- 145.
- MONTES, Alicia (2014). *Políticas y estéticas de representación de la experiencia urbana en la crónica contemporánea*. Buenos Aires: Corregidor.
- RAMA, Ángel (1988). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- RAMOS, Julio (2009 [1989]). *Desencuentros con la modernidad en América Latina*. Caracas: El perro y la rana.
- REGUILLO, Rosana (2000). Textos fronterizos. La crónica, una escritura a la intemperie. En *Diálogos de la comunicación*, N° 58, pp. 58-66.
- RICHARD, Nelly (2010). Cuestionario. En RICHARD, N. (ed.) *En torno a los Estudios Culturales. Localidades, trayectorias y disputas*. Santiago: Arcis/Clacso, pp. 67-82.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2010). *Ch'ixinakax utxiva. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- ROIG, Arturo Andrés (1995). Tres momentos en el uso de las categorías de “civilización” y “barbarie”. En ROIG, A. (comp.) *Juan Bautista Alberdi. Proceso civilizatorio y ejercicio utópico en Nuestra América*. San Juan, Argentina: EFU, pp. 49-102.



Fecha de recepción: 19 de julio de 2016

Fecha de aceptación: 22 de diciembre de 2016



Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional



